

Manuel Peña Muñoz

Los Cafés Literarios en Chile



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

RiL
editores



Bohemia en posadas históricas

Otro lugar donde los escritores acudían era el histórico edificio de la Casa Colorada de la calle Merced, antiguo lugar de residencia del presidente de la Primera Junta de Gobierno, el conde de la conquista don Mateo de Toro y Zambrano. Abajo había un bar donde se podían ver a poetas y periodistas.

Al fondo funcionaba un Club de Ambulantes de Correo a donde iba a almorzar el poeta Teófilo Cid, llamado "Mester de la Noche" o "el último bohemio". En el segundo piso estaba el famoso Café Fancy que tuvo su vida entre 1925 y 1935. Mezcla de bar y confitería, el Fancy era lugar de viejos contertulios. Aquí cantó un tango la actriz española Lola Membrives, de paso por Chile y en este ambiente Antonio Orrego Barros escribió un tango llamado precisamente "El Fancy", alusivo al viejo café de artistas:

*En un rincón del Fancy, ensimismada
en el rumiar eterno del dolor
buscando una alegría fracasada
se ve todas las tardes a Margot...*

Otro lugar histórico de reunión de escritores fue la Posada del Corregidor situada en la calle Esmeralda, frente a una pileta de sabor español. En esta casona de dos pisos con balcones volados y hermosas rejas de forja vizcaína vivió el Corregidor de la Colonia don Luis Manuel Zañartu bajo cuyo mandato se construyó el puente de Cal y Canto.

Aquí funcionaron las famosas filarmónicas en tiempos de Diego Portales. Muchos años más tarde, en 1935, se inauguró en la vieja casona la Sociedad de Amigos del Arte.

Por el vetusto salón de la posada desfilaron poetas y artistas, entre ellos don Arturo Aldunate Phillips y Pablo Neruda que una noche leyó poemas de su libro *Residencia en la tierra*.

Aquí, en el ambiente de un viejo mesón castellano, a la luz de las palmatorias, bebieron vino pipeño el famoso dramaturgo español don Ramón del Valle Inclán, de visita por Chile y la célebre bailarina Pilar López, la Argentinita, que era la mujer del torero Ignacio Sánchez Mejía, immortalizado en el verso por Federico García Lorca.

Otra posada histórica de escritores fue la Posada Tarapacá en la avenida España que funcionaba en la antigua casa de Manuel Guzmán Maturana, el autor del famoso libro de lectura *El lector chileno* en el que aprendieron a leer muchas generaciones de chilenos.

El Naturista

Era la época del Naturista fundado por Ismael Valdés Alfonso, en 1923, en la calle Ahumada con toda clase de jugos naturales y *sandwichs* de tomate con quesillo y albahaca que eran toda una novedad para la época.

Incluso se exhibía la fruta y la verdura en grandes canastos a la entrada con frases altruistas escritas en la pizarra. Este lugar nació después del contacto que don Ismael Valdés Alfonso tuvo en Europa con dos hombres notables: el líder espiritual de la India, Mahatma Ghandi y el poeta Rabindranath Tagore, también de nacionalidad india, que en 1912 obtuvo el Premio Nobel de Literatura. De ambos recibió una cultura mística y un modo diferente de ver la vida y de alimentar el cuerpo.

Desde luego que las iniciativas de Ismael Valdés Alfonso eran adelantadas para su época. Nadie concebía en ese tiempo un restaurant sin carnes rojas y poniendo énfasis en la importancia de una dieta vegetariana y láctea para la salud. Eran pocos en esa época los que se contentaban con almorzar una ligera tortilla de espárragos o unas alcachofas hervidas con vinagreta.

El Naturista tenía comedores reservados en el segundo piso donde siempre estaban almorzando pepinos, tomates y huevos duros los pintores Benito Rebolledo y Alfredo Helsby, el pintor de ese famoso cuadro porteño titulado *La niña del aro* que representa una escena costumbrista del paseo Atkinson del cerro Alegre de Valparaíso, con la característica luminosidad del puer-to.

Helsby pagó muchos almuerzos vegetarianos con cuadros que don Ismael Valdés Alfonso colgaba como adorno en las paredes del Naturista. Tan buenas eran las pinturas, teñidas siempre por los matices violetas de la luz, que el propio dueño le ofreció al pintor que viviese en una de las dependencias del restaurant, ya que carecía de dinero para poseer una mejor vivienda. Así costó su estadía en uno de los salones del Naturista: con naturalezas muertas llenas de espinacas, betarragas y zanahorias, que publicitaban artísticamente los productos del restaurant.

Otros asiduos del Naturista fueron los escritores Luis Durand, autor de *Frontera* y de unas amenas crónicas costumbristas del sur de Chile. También lo frecuentaron Antonio Rodríguez Romera y Washington Espejo Ravest, director de la revista *En Viaje*.

El Café Miraflores

Otro lugar tradicional y de ambiente artístico fue el Café Miraflores en la calle del mismo nombre entre Merced y Monjitas. Fue fundado por el escritor español Pablo de la Fuente, don Joaquín Berasaluce, de origen vasco y una chilena, Herminia Yáñez (Mina Yáñez) que acababa de llegar de Francia en 1942 con ideas de la vieja Europa. Allí, estos socios y amigos, habían visto la importancia que tiene un café como lugar de reunión e integración de intelectuales.

Conocedor de la clásica comida española, de sus “tapas” y tortillas, don Joaquín Berasaluce, encargado de la cocina, preparó y sirvió la auténtica comida castiza aromada a pimentón y azafrán. Aquí, en este café restaurant, sentados en mesitas con manteles de cuadros rojos, saborearon bacalao a la vizcaína, callos a la madrileña y pulpos a la gallega, los españoles republicanos que añoraban España al sabor de la paella y los calamares en su tinta.

La escritora Isidora Aguirre evoca a estos españoles refugiados que encontraron amparo y acogida en el café. Allí estaban “con las silbantes eses, zetas y esa jota violenta que parece rasguñar la garganta”.



“El Café Miraflores fue un lugar mágico de encuentro de poetas, escritores, pintores y músicos. Todos nos dábamos cita allí para hablar de arte. Me quedaba casi frente a mi casa...”, recuerda la pintora Inés Puyo. Fotografía de Alfonso Palacios.

Fueron comensales el historiador Leopoldo Castedo, el dramaturgo José Ricardo Morales y el escritor Vicente Mengod, entre muchos otros que, sin cesar, comentaban las últimas noticias venidas de la España franquista y recordaban la travesía a bordo del Winnipeg, cuando llegaron a Chile, arribando a Valparaíso en 1939.

Aquí también estuvieron los teatristas de la época, entre ellos la célebre actriz española Margarita Xirgú junto a su escenógrafo Santiago Ontañón que decoró el Café junto con Antonio Romera con preciosos dibujos a plumilla de sus concurrentes más asiduos.

En las paredes estaban enmarcadas las simpáticas caricaturas a la acuarela del arquitecto y poeta Godofredo Iomi, con un corral en su cabeza del que emergía un genio pensador; la periodista Lily Garafulic, el arquitecto Fernando Echeverría con un rey de ajedrez en la mano haciendo una jugada maestra; el comerciante Joaquín Fernández, rodeado de besadores labios rojos; el cineasta Patricio Kaulen, el filósofo José María Ferrater Mora y muchos otros. También eran asiduos del café el arquitecto Germán Rodríguez Arias que diseñó el local, el musicólogo Vicente Salas y Arturo Soria, editor de "Cruz del Sur", quien se definía siempre como "discrepante y antimultitudinario".

Arturo Soria gestó esta editorial en las mesitas del Miraflores, con fondos económicos de los mismos contertulios. En su mayoría eran intelectuales republicanos que deseaban dar a conocer sus escritos y para ello, se asociaron con escritores chilenos, entre ellos, Manuel Rojas y González Vera.

La editorial Cruz del Sur y sus librerías del mismo nombre contribuyeron a la difusión de los escritores españoles y chilenos en libros de bajo costo, escritos e ideados en su mayoría en el viejo café bohemio.

Aquí también nació la idea de crear el Archivo de la Palabra a iniciativa también de Arturo Soria, quien pensaba que debían grabarse las voces de los escritores. Fue así que se grabó en un disco la voz de Pablo Neruda leyendo "Alturas de Machu Picchu". Desde luego que el poeta era también asiduo tertuliano de las noches del Miraflores. Allí estaba siempre con sus amigos españoles, hablando de poesía y de proyectos de libros.

Otros escritores que iban siempre al Miraflores fueron Vicente Huidobro, Jacobo Danke, Braulio Arenas, Francisco Coloane y el folklorólogo Oreste Plath, autor de *Folklore chileno. Aproximación histórico folklórica de los juegos en Chile*, y tantos otros libros en los que indagó acerca de las características de nuestra nacionalidad. Oreste Plath fue vecino del barrio del centro y un permanente enamorado de la "pequeña historia" de la ciudad de Santiago.

Con su característico gorro de piel ruso, Oreste Plath hablaba y reía animadamente en las mesas, porque era un gracioso y chispeante conversador, sabedor de mil anécdotas de la vida nacional, especialmente literaria. Siempre pedía un tradicional licor “Araucano” que era un “digestivo por cuenta de la casa”, característico del Miraflores.

Aquí cenó también el escritor peruano José María Arguedas, el autor de *Los ríos profundos*, con la que iba a ser su mujer, Sybila Arredondo.

Por este mítico Café pasaron también diversos escritores de visita en Chile que acudían allí a departir con sus pares en animadas tertulias, entre ellos León Felipe, Dámaso Alonso, Américo Castro y Corpus Barga, entre muchos otros.

Aquí, en una mesa del Miraflores, Pablo Neruda conversó de libros y poesía con una María Luisa Bombal muy joven, a quien llamaba “la Abeja de Fuego”. El poeta Juvencio Valle, que también solía acudir, se extasiaba hablando con María Luisa que siempre vestía muy elegante, con sombrero, perfume francés traído por ella misma de París y guantes largos. “Es la princesa de las letras chilenas” solía decir al verla llegar al Miraflores.

También acudían cineastas, como Patricio Kaulen y pintores entre ellos Jaime del Valle Inclán, Camilo Mori e Inés Puyó, que tenía su palacio en Miraflores con Monjitas donde solía pintar sus famosas “flores sueltas y un poco desperdigadas” como las definió Gabriela Mistral.

Sentada en una mesa del Miraflores, Inés Puyó muestra a sus amigos escritores y pintores un Recado que le escribió Gabriela Mistral después de que viera uno de sus cuadros reproducido en un almanaque de la Phillips, fechado en 1943, que tenía colgado en su escritorio de la legación del Consulado de Chile en Nápoles.

Allí, mirando el mar, escribió: “Usted, Inés Puyó, ha sabido hacer unas flores que le celebraría cualquier pintor europeo, ni truculentas ni sanguinosas”. Más adelante agrega: “La manera suya de posar las flores se asemeja al lindo desorden con que se posa la banda de pájaros. Ellas no están ni rígidas ni desmadejadas, están en la negligencia divina de las cosas naturales”. Y finaliza diciendo: “Como la mujer, sus flores, Inés Puyó, escuchan más que hablan y sugieren más que dicen e inspiran más que sugieren...”.

Inés Puyó, cuenta a sus amigos del Miraflores que cuando por fin se encontraron en un hotel de Roma, en 1952, la autora de *Desolación* le dijo: “Para mí hay nombres sin rostro y rostros sin nombre. Usted era para mí, un nombre sin rostro...”.

Sentada frente a una solitaria taza de café, Inés Puyó recuerda aquel mágico encuentro y las proféticas palabras mistralianas: “Era natural que después del maravilloso viejo don Francisco González nos naciese una ahijada de su pincel que recogiese su reino...”.

En 1999, el Centro Cultural de España rindió homenaje a los pasajeros del Winnipeg que llegaron a Chile y que desembarcaron en Valparaíso hace 60 años. Para tal ocasión, se montó una exposición de fotografías recordatorias, cartas, pasaportes desteñidos, documentos y viejas maletas que recordaban la mítica travesía.

Hubo mesas redondas sobre el tema, películas, documentales y obras de teatro. También se realizó una instalación que reproducía el ambiente del Café Miraflores, con sus tradicionales mesas de manteles a cuadros y las acuarelas originales de los contertulios decorando las paredes, tal como era como cuando el Café era sitio obligado de los intelectuales españoles y chilenos. Estos míticos dibujos enmarcados se encuentran hoy día decorando las paredes de la Biblioteca del Centro Cultural de España, en avenida Providencia 927.

José Ricardo Morales, contertulio del Café Miraflores, recuerda en una de las nostálgicas mesitas: “Pasado el tiempo, este café vino a sufrir la suerte que corrieron muchos de sus iguales en todo el mundo: la desaparición, dado el constante ataque o el vacío con que ahora se menoscaba el ejercicio de la palabra compleja o directa. Y aunque actualmente los cafés se hallan sustituidos por las cafeterías, en ellas el estar es un ‘estar de paso’, reemplazándose así la pausa por la prisa, y el ocio –en su acepción de ‘escuela’– por el negocio que lo niega –*nec-otium*– para oponer al ejercicio de la inteligencia activa y desprendida, el tráfico vertiginoso de referencias bursátiles o mercantiles, en una muestra más de cómo en nuestro tiempo el pensamiento se degrada a expensas de la información”.

El Café Iris

Otro café de tradición literaria y periodística fue el Iris, en el edificio Undurraga situado en la Alameda esquina Estado. El Iris fue centro de reunión de periodistas, escritores y bohemios de la noche santiaguina, especialmente en las décadas de los años 30 y 40. Entre los frecuentes comensales, noctámbulos y conversadores de la noche, estaban el poeta Andrés Sabella haciendo recuerdos de Antofagasta, María Elena Gertner, Mario Ferrero, el poeta Francisco González Santana añorando Temuco y la reina de las noches

poéticas de Santiago, la increíble escritora Stella Díaz Varín, llamada “la Colorina”. Con su cabellera rojiza, es aún aquella perpetua nostálgica de esas noches en que los poetas parecían tener tiempo para la evocación, el recuerdo y la palabra.

El Café Iris o la Fuente Iris tenía parroquianos fijos, principalmente intelectuales y periodistas del diario *La Opinión*, entre ellos Juan Bautista Roseti, Ricardo Latcham y el crítico teatral Wilfredo Mayorga que poseía un hermoso teatro de cartón isabelino. También acudía Hugo Goldsack que recitaba “una suerte de cantos rituales que enlazaban con la poesía griega y oriental”, según recuerda Alfonso Calderón.

En los años de la Revolución Española colocaban pizarras dando a conocer las noticias del cable. Aquí los escritores supieron antes que nadie la noticia de la muerte de Federico García Lorca.

En la penumbra de las mesas estaban escribiendo Manuel Rojas y José Santos González Vera que atendía una peletería. Siempre pedía un famoso té ruso que se servía en unos vasos altos con cucharillas largas.

También acudía al Iris la escritora María Lefèvre, gran conversadora amena y adivinadora de la suerte. Otros de sus parroquianos fijos eran Antonio Campaña, Antonio Acevedo Hernández, Carlos Cariola, Víctor Castro, Ricardo Navia, Edesio Alvarado, Nicomedes Guzmán y Benedicto Chuaqui, entre muchos otros.

Por las mesas circulaban los libros de moda que en esos tiempos eran las novelas de Hermann Hesse, los tomos de Marcel Proust, los libros de poesía de T. S. Eliot, las obras de teatro de Marcel Camus y las reflexiones existencialistas de Jean Paul Sartre que marcaron esa generación.

Volodia Teitelboim recuerda el ambiente del Café Iris en el año 1934: “Estábamos allí con Eduardo Anguita y el Chico Molina, muchachos de ese tiempo con intenciones de literatos. Se nos acercó un hombre alto, pálido, más bien delgado, con una frente espaciosa y grandes entradas en las sienes, que tenía una mirada penetrante y un poco ausente. Tenía también algo sombrío y cierto énfasis nervioso. Me dije: éste es un animal poético porque aparecía y desaparecía al instante, como por arte de magia negra”.

El poeta evocado es Omar Cáceres (1904-1943), cuyos poemas quedaron tan perdidos entre legajos de polvo como el recuerdo de su autor. Sentado en el Café Iris, escribió los versos de su único libro *Defensa del ídolo*, del que hizo quemar todos sus ejemplares porque la edición estaba plagada de erratas. Se salvaron unos pocos y gracias a ellos podemos leer hoy sus versos doloridos y desgarradamente trágicos:

*Recordando mi antiguo ser,
los lugares que yo he habitado,
y que aún ostentan mis sagrados pensamientos,
comprendo que el sentido,
el ruego con que toda soledad nos sorprende
no es más que la evidencia
que de la tristeza humana queda.*

El Café Lucerna

Otro de los cafés importantes del centro en la década del cuarenta fue el Lucerna en Ahumada casi esquina de Huérfanos. Salón de té, confitería y boite, el Café Lucerna reunió a los principales artistas y escritores que lo frecuentaron para tomar un café o una copita de vino añejo mientras aplaudían los diferentes espectáculos que se sucedían en el escenario circular alrededor del cual se situaban las mesas.

Allí estuvieron la escritora Marta Brunet —que, con su alegría socarrona, dijo que la pista de baile le parecía un picadero para trillar yeguas— y el poeta uruguayo Hugo Riccaldoni que dijo tener “la sensación de estar sentado en un carrusel detenido”.

Los “números artísticos” eran de nivel internacional y aquí llegaron a interpretar rumbas los Lecuona Cuban Boys.

Era tan elegante este Café que entre los asistentes al “Aperitif Concert” del mediodía sorteaban un fino mantón de Manila y una botella de champagne de la *Marquise de Sauvigné*.

El día sábado en la mañana llevaban a los niños, como premio a tomar desayuno al Lucerna para comer unas medialunas gigantes y perfumadas, recién salidas del horno.

Todos los santiaguinos recuerdan con agrado el Lucerna por su belleza y su aire cosmopolita. Lamentablemente este hermoso Café desapareció en un incendio ocurrido el 25 de enero de 1949, finalizando la era de los históricos salones de té santiaguinos de los años cuarenta.

El Café Tívoli

Este mítico café estaba situado en la calle Monjitas muy cerca de la Plaza de Armas. Aquí solían venir diversos escritores a festejar sus libros recién aparecidos, entre ellos Edesio Alvarado y Mario

Ferrero. Contertulios fieles del Tívoli fueron Antonio Campaña, Luis Merino Reyes, Jorge Sosa, Stella Díaz Varín, Salvador Murillo y el poeta y pianista dominicano Manolo Rueda.

El Tívoli tenía un viejo piano que tocaba el Jote Aguilera, animando esas tertulias con temas de Cole Porter y boleros sentimentales que pusieron de moda Leo Marini, Gregorio Barrios y Cora Santa Cruz.

Alfonso Calderón recuerda que siempre, a pedido de Víctor Castro, el pianista interpretaba "Para Elisa", mientras en las mesas se preparaban las sesiones de una agrupación literario tremendista llamada "El zócalo de las Brujas".

El Café Santos

El Café Santos fue fundado por don Carlos Werth en el año 1914. El primer local estuvo situado en la calle Huérfanos. Posteriormente se trasladó a Monjitas con 21 de mayo y luego, en 1948, al conocido subterráneo de Huérfanos y Paseo Ahumada por donde han pasado poetas, escritores como Ricardo Latcham, Mariano Latorre, Oreste Plath, Luis Sánchez Latorre y periodistas como el brillante Tito Mundt.

También acudían frecuentemente los parlamentarios del vecino Congreso y los periodistas de *El Mercurio* cuando funcionaba en el tradicional edificio de Compañía con Morandé. Todos ellos departían el sagrado arte de la conversación disfrutando el servicio inconfundible del Santos a "la hora de onces", cuando viejos mozos de impecable chaquetilla blanca servían buen té de hoja y disponían sobre las gruesas mesas de madera noble paneras con galletas de agua y rebanadas de pan centeno. En platillos aparte venían unas bolitas de mantequilla en agua y mermelada de damasco. Eran famosos sus cafés helados con grandes pompones de helado de vainilla y crema *Chantilly*.

El espacio era circular y en las curvas paredes estaban colgadas fotografías del viejo Santiago.

Casi siempre, a la hora de "onces", había mesas completas rodeadas de mujeres que estaban realizando una "despedida de soltera" a una de las amigas. Era el tiempo en que las despedidas de solteras se realizaban en un salón de té... Definitivamente otros tiempos...

Luis Sánchez Latorre recuerda: "A la hora del té, puro o con leche, entre bollitos generosos, masitas dulces y magdalenas que

nos hacían recordar a Marcel Proust con lágrimas en los ojos, pasábamos revista al mundo. Mario Cánepa Guzmán, historiador del teatro y de la ópera, obtuvo entonces en buena lid y con justicia el prestigioso título de 'Mario, el proveedor'. El profesor Ariel Leporati, el novelista Fernando Emmerich, el dramaturgo Wilfredo Mayorga, fieles colegas, Samuel Valenzuela y Enrique Ramírez Capello, el crítico Martín Cerda, formaron, entre otros, en el contingente cívico de los que querían seguir tratando con palabras, a la sacra hora de onces, las vicisitudes de la cosa pública”.

En los años ochenta, el Santos se remodeló y adaptó a las nuevas costumbres, con almuerzo tipo *buffet* para ejecutivos jóvenes. Incluso se abrieron sucursales, pero lamentablemente, cerró sus puertas con el cambio de siglo, diciendo adiós a una época querida por los nostálgicos.



*Primitivo Café Santos con su mobiliario original
que se conservó siempre. Fue un lugar mítico y recordado
para tomar el té en el centro de Santiago.*



*Una taza de café en sillones de mimbre para el descanso en la playa.
Fotografía alrededor de los años cincuenta. Colección del autor.*

IX. LOS CAFÉS DE LOS AÑOS CINCUENTA

Durante la década de los años 50 se abrieron en Santiago numerosos lugares para tomar café a la salida de los cines y teatros que estaban de moda.

Entre los cafés tradicionales frecuentados por escritores y artistas merecen citarse el Astoria de la calle Ahumada y el Mozart de la calle Phillips que tenía siempre reservada “la mesa de los abogados”. Con frecuencia acudía el presidente Jorge Alessandri que vivía precisamente en un antiguo departamento de la misma calle.

Otro tradicional fue el Café Madame Pompadour de la calle Huérfanos frente al Teatro Rex. El Pompadour era de ambiente parisino, de estilo tradicional y muy elegante. Aquí la pastelería era finísima, siendo famosa la torta Saint Honoré.

También de la calle Huérfanos era el Tong Fang que fue el primer restaurant chino que hubo en Santiago. Por la tarde tenía un servicio de “onces” y muchas personas acudían a tomar allí un café en un ambiente exótico.

También existió el Café Olimpia situado entre Bandera y Ahumada. Era tan refinado que a la hora del té proyectaban películas con acompañamiento de piano y más tarde, a la hora del aperitivo, abrían salón con orquesta de baile, como era usual en esos años...

Otros Cafés fueron la Isleña y El Negro Bueno, ambos en la Alameda de las Delicias, con hermosos decorados, mesas de hierro con cubierta de mármol y fina pastelería. Aquí se reunían poetas y escritores... ¡a contarse unos a otros las novelas que acababan de leer!

Al salón de té El Negro Bueno van a “tomar onces” los protagonistas de la novela *Diario de un emigrante* del escritor español Miguel Delibes ambientada en Santiago a mediados de los años 50 y protagonizada por españoles que intentan adaptarse sin éxito a la idiosincrasia nacional. Este salón de té era famoso por sus pasteles. Cuando alguien llegaba de visita a una casa con una bandeja, siempre decía, para subrayar la calidad: “Son de El Negro Bueno”.

Otro café desaparecido fue el Rex donde se daban cita autores, periodistas y actores. Estaba situado en Huérfanos esquina Estado y solía verse siempre al escritor Carlos Vattier diciendo sus eternas frases oportunas y leyendo en voz alta parlamentos de su guión cinematográfico *Romance de medio siglo* basado en una novela de Francisco Coloane.

También se recuerda el Café Sangrante en Moneda esquina Ahumada con un quinteto que tocaba vals y operetas a la hora

del té. Luego, allí mismo, estuvo el salón de té La Primavera que también cerró sus puertas.

El Café Haití

El Café Haití fue inaugurado en el año 1948 en plena calle Ahumada. Su fundador fue Antonio Neri que trajo esta idea de los cafés italianos. Fue tal el éxito que en 1952 abrió otro Café Haití con las mismas características en Lima, Perú.

Hoy, han sobrevivido a los cambios durante medio siglo los dos cafés de ambas capitales latinoamericanas. Además, se abrieron filiales adaptadas a los nuevos tiempos, pero con el inconfundible logotipo de fines de los años 40 que representa a una haitiana, muy sonriente, con un pañuelo a la cabeza, grandes aros de argolla y con una taza de café en la mano.

La característica del Café Haití reside en el personal femenino que atiende. Y el éxito radica en que estas mujeres se han adaptado a cada época, de manera que las antiguas señoras de toca y uniforme azul han sido reemplazadas en la actualidad por señoritas de buen aspecto, bien maquilladas, en minifalda y encaramadas en altos tacos sobre elevada tarima.

El público suele ser masculino, principalmente abogados y políticos del centro que acuden a media mañana a tomar un *capuchino* o un *express*, apoyados en la barra. El presidente argentino Carlos Menem quedó prendado del ambiente del Haití cuando estuvo en Chile. Se perdió de la comitiva oficial y lo encontraron tomando un café de incógnito en el Haití del Paseo Ahumada.

No hay *sandwichs* ni medialunas en esta clase de Cafés. Ni siquiera servilletas. El Café Haití sólo expende buen café express con un vasito de soda. Tampoco hay mesas para sentarse a discurrir. La modalidad en el cambio de siglo, es el vertiginoso café de pie. Aquí se realizan transacciones, se habla de la Bolsa de Comercio o del alza del dólar. El Café Haití ha estado marcado siempre por esta característica y mantiene su imagen como local de respetable calidad en el centro de Santiago donde todo transcurre de prisa.

Confitería La Novia

Un café elegante de los años cincuenta fue el salón de té y confitería La Novia en Huérfanos al llegar a Ahumada, famoso por

sus *sandwichs* de ave con palta o jamón con huevo. La especialidad eran las pastillas “Besitos”.

La Novia fue el primer “bar lácteo” de Santiago. Era conocido por sus leches con plátano y con frutilla. En esa época, no existían todavía las jugueras eléctricas, de modo que era toda una novedad pasar a La Novia del centro a tomarse un jugo de naranja, de chirimoya, de papaya o de uva. La fruta en ese entonces se comía natural como postre, pero todavía no se consumía licuada. Esa fue la gran atracción de La Novia y una originalidad de la familia Sahli que lo dirigió por muchos años.

El té y el café de La Novia eran de muy buena calidad. Por lo general, el público pedía té con leche o chocolate para los niños. En verano, era tradicional en La Novia pedir un Panagra, que era un postre de helado, fruta y crema, característico en esos años en esa línea de aviación.

En La Novia se sorteaba todas las tardes un disco entre los asistentes. Un comensal de ese tiempo –el señor Fernando Belaúnde– conserva con nostalgia el disco *Le Pouvre Mâtelot* (*El Pobre Marinero*) que obtuvo casualmente de premio la tarde aquella del año 1958 en que fue con su madre a tomar el té a La Novia... El disco contiene poemas de Jean Cocteau fechados en 1919 musicalizados en la década del 50 por Darius Milhaud e interpretados por Jacqueline Brumaire.



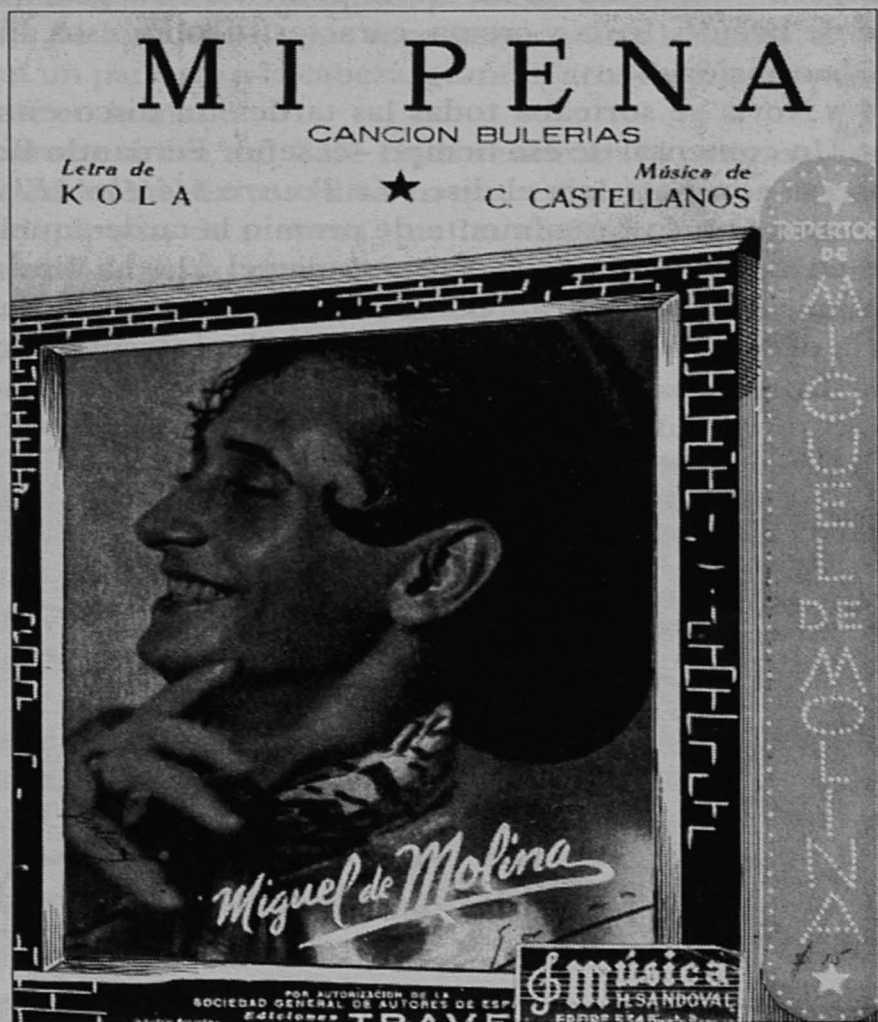
Envase original de pastillas “Besitos” de la Bombonería La Novia, alrededor de 1950. Colección del autor.

El Salón de Té "Goyescas"

Y, siempre en el centro, se construyó el famoso Goyescas, en Estado con Huérfanos, que era el primer café con escalera mecánica, confitería, salón de té y pista de baile para presentar números artísticos y orquestas famosas, entre ellas, la de Francisco Canaro.

Cuando se incendió el lujoso Lucerna, nadie pensó que podría construirse otro de similares características. Pero se levantó el Goyescas congregando a un público que acudía siempre a tomar un café para relacionarse y conversar.

Claro que según algunos santiaguinos, era bello, pero no tan elegante ni majestuoso como el Lucerna...



El cantante español Miguel de Molina cantó y bailó en el Goyescas, nuestro primer Café con escalera mecánica.

Colección del autor.

Aquí, a comienzos de los cincuenta, Carmen Sevilla cantó *Violetas Imperiales* después de protagonizar la famosa película junto a Luis Mariano. Los Churumbeles de España hicieron bailar el pasodoble *Doce cascabeles* a los asistentes, en tanto que Miguel de Molina cantó farrucas con sus fastuosas blusas a lunares puestas en exhibición en las vitrinas del café. Su repertorio estaba compuesto por canciones como *La Hija de don Juan Alba*, *La niña de la ventera* y *Ojos verdes* que había popularizado la cantante española Conchita Piquer.

Aquí también Libertad Lamarque cantó *Besos brujos* junto a muchas otras figuras internacionales, entre ellas Mario Clavel que cantó *Dos pimpollos*. Un cantante español favorito del público era El Niño de Utrera, integrante de la compañía de bailes españoles *Romería* de gran fama a finales de los años 50. El Niño de Utrera cantó en el escenario del Goyescas *El hijo de nadie* que era una canción suya de mucho éxito en la que, vestido de marqués, dialogaba con una gitana. Se presentaba con el clásico sombrero cordobés y la chaquetilla negra brillante de lentejuelas.

También estuvieron Los Cinco Latinos, el cantante español Angelillo, la rubia norteamericana Diana Dors, el cantante de boleros Lucho Gatica, el cantante norteamericano Paul Anka, Los Platters y el cantante italiano Domenico Modugno que cantó su célebre canción *Volare*. También actuaron Leo Dan, la mítica vedette La Tongolele y la cantante argentina Vitrolita que cantó:

*Hasta el viejo hospital de los muñecos
llegó el pobre Pinocho malherido
un cruel espantapájaros bandido
lo sorprendió dormido y lo atacó...*

Era tan famoso y visitado el Goyescas que a muchos artistas les llegaba aquí la correspondencia. Lamentablemente, este elegante café del centro también cerró sus puertas, esta vez en el año 1963.

El Café Colonia

Otro café de esta época es el Colonia fundado en el año 1952 por Wilhelm Schlösser quien tenía experiencia por haber trabajado en Alemania en el famoso Café Reichard ubicado al pie de la Catedral de Colonia construida en estilo gótico. El señor Schlösser y su esposa son oriundos de esta hermosa ciudad alemana y en su recuer-

do, bautizan así al renombrado Café de Mac Iver con Moneda, siendo clásicas sus tortas Selva Negra y Manjar con Lúcura.

El interior posee el clásico ambiente europeo así como recuerdos, mapas, tarjetas postales y fotografías de Colonia. En Navidad son famosos sus mazapanes y sus casitas de chocolate en estilo bávaro. Por estar situado muy cerca de la Biblioteca Nacional, el Café Colonia, a lo largo de medio siglo, ha sido lugar de reunión de diversos lectores y escritores que han acudido a consultar libros a la principal biblioteca del país.



El Café Paula

Un café tradicional de Santiago fue el Frau Paula fundado en los años 40 por una familia alemana en la calle Colón que en esos años era un lugar alejado de Santiago.

La casa era grande, con chimenea. Quienes la conocieron recuerdan que era muy agradable tomar el té allí. La señora Paula –Frau Paula– dirigía el café que llevaba su nombre y lo conserva hasta la actualidad aunque ha cambiado de dueños. La especialidad de Frau Paula era la buena pastelería alemana, los *kuchenes* y los *strudels* de manzana.

Con posterioridad, el café fue vendido y se abrieron locales en el centro, manteniendo la marca, aunque la pastelería no fue tan refinada como cuando estaba la dueña original. Uno de los Paula tradicionales estuvo situado por muchos años en la actual Galería España. Era amplio, espacioso y se caracterizaba por su buen servicio. Cuando cerró sus puertas, se abrieron otros locales Paula, todos ellos en el centro de Santiago: en Estado, Pasaje Matte, Paseo Ahumada, Moneda y San Antonio.

El Paula tradicional de hoy es famoso por sus *sandwichs* de miga, sus medialunas o *croissants* que sólo se venden en la mañana, al desayuno, para acompañar el café, los pasteles surtidos, los helados, las tortas, los jugos naturales y el clásico servicio de “onces completas”. Tienen café de grano y té de hoja, servido a la mesa. Su público se compone principalmente de familias que acuden allí a tomar el té sin grandes pretensiones de refinamiento.

No es un café literario al uso. Y ello porque hoy día es casi imposible quedarse una tarde entera en un café santiaguino escribiendo una carta o leyendo un libro. La prisa de Santiago hace que el cliente tome su café y siga su camino. Si tarda demasiado, el garzón disimuladamente le pondrá la cuenta en un platillo. En un lenguaje mudo y sin esperar respuesta, le estará diciendo que es tiempo de marcharse. Otro cliente está aguardando su mesa.

El Café Villarreal

Un café tradicional del centro fue el Villarreal que inicialmente estaba situado en la calle Compañía, casi al llegar a la Plaza de Armas, junto a la característica tienda de Los Gobelinos, bajando la escalinata que conducía al Cine Plaza.

El Villarreal fue fundado en los años 40 por don Ernesto Rosenfeld que llegó a Chile a comienzos de la década del 30 junto a

don Guillermo Spratz, iniciando ambos el clásico Café Riquet de Valparaíso. Con posterioridad, al separarse, quedó el señor Spratz en el Café Riquet y el señor Rosenfeld se vino a Santiago donde fundó el Villarreal con la experiencia acumulada en el Café de Valparaíso.

Don Ernesto Rosenfeld le dio al Café Villarreal un carácter propio de la repostería y pastelería alemanas. Su ambiente era refinado y clásico, muy similar al del Riquet. Mantenía un estilo inconfundible y típicamente europeo que agradaba mucho a las damas del centro y a los escritores deseosos de mantener una conversación íntima con sus iguales, alrededor de una taza de té humeante, servido impecablemente en unas mesitas con cubierta de vidrio bajo el cual se extendía un pañito de crochet.

Con posterioridad, en 1948 el Villarreal abrió sus puertas en el barrio de Providencia, constituyendo un lugar refinado e inconfundible. Don Ernesto Rosenfeld decidió vender el Villarreal y dedicarse por entero a sus actividades humanitarias de ayuda a los niños lisiados. El Café fue vendido en 1987 a la familia Rubio Graell que procedía de Valparaíso donde tenían la famosa Suelería Versailles en la calle Victoria.

Por suerte, la familia Rubio Graell mantuvo el estilo original con sus mozos impecablemente vestidos, ofreciendo los pasteles mesa por mesa en carritos, además de la excelente calidad de las tortas. Ya el Villarreal del centro había cerrado sus puertas a fines de los años setenta, manteniéndose este último, en un costado del cine Oriente, con su estilo habitual: onces completas, café helado, repostería fina y ambiente distinguido.

Aquí suelen venir escritores y periodistas, como Raúl Matas y Julián García Reyes de la Radio Concierto que prefieren este lugar por estar alejado del bullicio de la ciudad.

La característica del Villarreal reside en una atmósfera tradicional en medio de unas excelentes pinturas murales de la artista Cuca Burchard. Tan entrañables son que los clientes piden las reservas de mesa refiriéndose al “rincón de los girasoles” o al “rincón de las jaulas”. Otros motivos son los manzanos, el burro o el niño del carrito de maní con sus grandes ojos expresivos.

El Café Coppelia

Un café clásico de Santiago del Barrio de Providencia ha sido el Salón de Té y Pastelería Coppelia, famoso por sus helados y pasteles.

Esta confitería fue fundada en las Fiestas Patrias del año 1949 por el señor Jacques Bellenand, un pastelero francés con estudios de pastelería en Suiza. Originalmente se llamaba Tessino, nombre de una localidad de Suiza, situada cerca de la ciudad de Lugano, pero en 1952, cambió su nombre al de Coppelia, porque Tessino se confundía con el de los Establecimientos Casino produciendo confusión. El nombre de Coppelia, asociado al ballet clásico, daba la idea de belleza, armonía y distinción.

Este lugar estuvo ligado a la historia de los *hippies* chilenos cuando delante del Café se originaban verdaderas batallas entre los jóvenes de pelo largo que profesaban ideas liberales contra jóvenes conservadores de la Escuela Militar. Varias veces las cristalerías del Café resultaron destruidas con ocasión de estos disturbios juveniles.

Aquí se dieron cita los jóvenes de la Revolución de las Flores y el Amor Libre con sus pantalones pata de elefante, en piel de durazno, sus largas patillas y sus camisas ajustadas.

El Coppelia, vigente hasta el día de hoy con sus numerosos locales y adaptado a los nuevos tiempos, fue escenario de reuniones de ministros, políticos y escritores de fines de la década del 60 que se reunían allí a hablar de las situaciones de cambio que se vivían en el país, mientras los jóvenes leían allí mismo, apasionadamente, la novela *Palomita Blanca*, de Enrique Lafourcade que los retrataba en ese mismo escenario.



*Frontis del Café Coppelia de la Avenida Providencia
hacia los años cincuenta.*



*El desaparecido Bar Standard de Valparaíso.
Gentileza: Archivo de Sara Vial.*